

Santa Sede, la tranquilidad y buena correspondencia de los estados católicos, la quietud del mismo Papa y su gloria, sobre cuyo punto, al cual me parece bastante sensible el Santo Padre, procuré detenerme algo más. Sobre el mismo punto de gloria y fama, me pareció conveniente tantear á su Beatitud, diciéndole que si estaba detenido en querer facilitar algo sobre los negocios de Benevento y Aviñón ó sobre otros, era menester que se explicase; y que, si lo hacia, yo entraria en materia como hombre privado para ver qué se podia proponer ó adelantar, siempre que hubiese las seguridades que exigirian los monarcas. El Papa me dijo con repetición, á estas especies, que él no hacia tráfico de sus resoluciones... Finalmente se concluyó la audiencia despues de muchas protestas de su Santidad de querer salir del asunto, y de encargarme el secreto y que escribiese á mi córte que habia apariencias de abreviarse ese negocio; aunque sobre esto le expuse que las queria yo más positivas y claras, de modo que enteramente sosegasen al Rey nuestro señor...

» Me habló el Santo Padre de la providencia de haber cerrado el Seminario Romano, manifestando que ya experimentaba los efectos y resentimientos de la córte de Toscana, donde, como en desquite, se habia quitado á sus pobres frailes conventuales el convento de Grosseto, con el pretexto de convertirlo en hospital, sin esperar providencia ni aprobacion del Pontífice. Todo esto, y otras cosas que se debian esperar de aquella córte, me dijo el Santo Padre que dimanaban tanto de la dominacion que en ella tenia el partido jesuítico cuanto de la conducta de su ministro en Roma, el Baron de Saint-Odile. Siguió el Santo Padre hablando de jesuitas; y diciéndome que los reyes los habian echado de sus reinos, me añadió que él quisiera arrojarlos del mundo, porque cada dia daban mayores motivos para ser temidos y arruinados; que habian trabajado una obra destructiva de la religion para admitir en el cielo tanto á los turcos como á los católicos; que en el Archipiélago, donde tenian varios establecimientos, se les habia querido remover, y no habian obedecido; que en la desmembracion de Polonia habian influido para ganarse la proteccion del Emperador, lo cual causaba un nuevo embarazo; que en Módena estaban favorecidos fuertemente, y que en Roma misma un cardenal habia tenido la frescura de parar su carroza en la calle y de estar en ella más de media hora en conversacion con el padre Casali, rector del Seminario Romano, en la misma mañana que se habia cerrado éste.—Todo esto prueba, continuó el Santo Padre, cuántas cosas es menester precaver ántes de venir á la providencia final; y así ahora se les hará otro despojo, y por escala vendremos á la conclusion.—Cuando el Papa finalizó con estas especies, le dije que todo dependia de sus temores y tardanzas en arrancar la raíz, y que se desengañase, que mientras no llegára á esta resolucion decisiva y final, todo era perder tiempo, aumentar el daño de la Iglesia, y prepararse los riesgos de la córte romana, por la desconfianza en que iban á entrar las córtes. Su Santidad me quiso argüir sobre que no tenia motivo para tal desconfianza, y que cada dia se declararían más sus buenas intenciones y las razones con que habia obrado, sobre que pensaba adelantar algo en la próxima *villeggiatura*. Entónces presenté al Santo Padre las cartas del concilio provincial mejicano, y las recibí despues de alguna resistencia, por haber dicho que no era necesario y que no queria cargarse de papeles. Le volví á instar á que no perdiese el momento, y á que, despues de su salud, cuidase ante todas cosas de este negocio en el tiempo de su jornada, porque era sin duda el más importante y del cual dependian otros infinitos. Se explicó en tono de llevar esta intencion, y se concluyó la audiencia... Dije, hablando á Bernis, que jamas habia salido tan descontento de las audiencias como aquella mañana, porque todo el cúmulo de voces y especies que habia hecho el Papa conmigo, me inclinaba á creer que llevaba muy largas sus ideas, y más viendo que no me habia hablado del apunte ó nota que le entregué; siendo tan corto, con el pretexto de dejarlo para el tiempo de la *villeggiatura*; y añadí al Cardenal que iba ratificándome cada dia en que el Papa no cumpliria lo que habia ofrecido, y que estaba á punto de escribir á mi córte que si su Santidad, pasado este tiempo de *villeggiatura*, no se decidia, yo no tenia ni sabia más que hacer; y así que se me exonera-se de todo empleo, tomando las córtes las medidas que tuviesen por conveniente, pues ya habria poco ó nada que esperar... Le ha respondido el Papa con suma extrañeza que yo no tenia motivo para pensar de aquel modo; que no imaginaba llevar el asunto tan largo como yo discurria; que sabia que á veces me asaltaba la hipocondría (y es así), de la cual podian haber dimanado, y no de otra cosa, mis imaginaciones; que me asegurase que responderia y resolveria sobre el apunte ó nota entregada, pues hubiera sido una niñada entrar en materia y tomarla para no contestar, y que su desgracia estaba en que todo lo queriamos en el momento, porque no tenemos otra cosa sustancial en que pensar, y su Beatitud tenia infinitas... Mi juicio no estaba muy distante de lo que manifesté al Cardenal de Bernis, pues, aunque á aquella explicacion me decidió la política, fué sin faltar á los

movimientos internos y á una especie de tacto mental que sólo se puede adquirir con la observacion inmediata de las personas y de sus disposiciones. Convengo en que tal vez estaré equivocado, y en que, á pesar de mis conjeturas melancólicas, me queda un cierto rayo de esperanza, que absolutamente no puedo extinguir y sofocar dentro de mí mismo; y por tanto, no me acobardaré, aunque la empresa sea tan ardua y difícil como he tocado. Es cierto que ya no sé qué hacer, y así sólo me ocurre insistir en lo convenientes que serán la carta ó cartas de vuestra excelencia y de su majestad que insinué en mis dos próximas anteriores.»

Agente de preces por España era en Roma don José Nicolas de Azara; mucho más le predisponia su genio á la censura que al aplauso respecto de cuantos hacian figura, y así tiene gran fuerza lo que dijo entónces al ministro de Gracia y Justicia, don Manuel de Roda, con estas literales palabras: «MOÑINO en una de sus audiencias ha adelantado más que el triunvirato clerical en el espacio de cuarenta meses.» No daban paso los dos cardenales representantes de Nápoles y Francia sino bajo la direccion suya, y hasta sobre el ministro portugues habia llegado á ejercer grande influencia, no obstante el carácter de este personaje, conocido por el Comendador Almada, sobre quien decia MOÑINO al Marqués de Grimaldi, en su despacho de 1.º de Octubre: «Es muy desconfiado y receloso, y es menester estar siempre sobre él, para iluminarle acerca de cualquier paso que doy ó visita que hago, pues le basta que uno hable con quien tenga opinion de terciario de la Compañía, para entrar en desconfianza, siendo así que conviene mucho deslumbrar á todos y acercarse para saber innumerables cosas. Es del caso, por lo mismo, que Carballo (el Marqués de Pombal) no se deje alucinar hácia mí, y vuestra excelencia sabe muy bien cuán distante estoy de ser seducido de esta córte ni de jesuitas.» Por intimidacion tambien supo atraer al padre Buontempi á trabajar en favor de su instancia. Cuando Clemente XIV volvió de la *villeggiatura*, ya tenia MOÑINO en su poder las cartas del Rey y del Secretario de Estado, una y otra aprobatorias del vigor dado á la negociacion contra jesuitas, y de la necesidad irremisible de llevarla de seguida á remate. Nada mejor que transcribir aquí pasajes del despacho del ministro español sobre su audiencia de 8 de Noviembre.

«Luégo que me presenté, entregué á su Beatitud la citada carta, de puño propio del Rey, que vuestra excelencia se sirvió remitirme con la suya de 13 de Octubre, acompañándola con una copia traducida en italiano, á lo cual me determiné por dos consideraciones: una para que el Papa no tomase ó dijese que habia tomado en otro sentido algunas expresiones, teniendo la salida de que no entendia perfectamente el idioma español; y otra para que desde luégo comprendiese que me hallaba enterado del contenido de la carta, y se evitase alguna travesura ó mala inteligencia, semejante á las que hemos experimentado en otras anteriores. Despues que el Papa leyó la carta de su majestad, en cuyo intermedio me contó que en lo respectivo á asilos, el Conde Vincenti habia escrito algo al Cardenal secretario de Estado, que ignoraba el contexto de aquel breve, dije á su Santidad que lo que yo tenia que representarle con toda confianza era lo que resultaba de una órden que se me habia comunicado, y habia recibido á mi venida de Nápoles; con lo que saqué la otra carta que vuestra excelencia me dirigió con fecha de 29 de Setiembre, acompañada de su traduccion, y la puse en manos del Santo Padre, diciéndole la estrechez del tiempo en que debia concluir el asunto de extincion, pues, habiendo ya empezado en el Rey los recelos, distaba poco de la última desconfianza; y podia ver su Beatitud la firme resolucion en que se hallaba su majestad de tomar sus medidas para salir con decoro del empeño. Leyó el Papa casi toda esta carta, y desde luégo dejó ver en su semblante la profundísima impresion que le habia hecho; intentó persuadirme que no habia las personas mal intencionadas de que la misma carta hace mencion, para imputar la culpa de las dilaciones; y conocí que el objeto del Santo Padre era desviar nuestras aprensiones contra el fraile Buontempi y demas favorecidos de su Santidad. Entónces aproveché aquel momento de turbacion para infundir al Papa el terror, que absolutamente conviene, bien que acompañado de reflexiones y reconvencciones dulces y respetuosas, con lo cual prorumpió el Papa en diferentes desahogos... Dijome, pues, su Santidad que no habia respondido al apunte que le habia entregado ántes de su *villeggiatura*, porque habia estudiado y estaba estudiando todos los antecedentes y ejemplares de extinciones, mostrándome dos libros que tenia sobre la mesa, y otros en el mismo cuarto, con varios registros; que absolutamente no tenia de quién fiarse para extender cualquier trabajo, y que á esto se añadian las ocupaciones de su oficio, de las cuales me hizo una larga enumeracion por dias y horas. Cuando me hubo dicho el Papa todo esto, pasó á ponderarme, como otras veces, las dificultades de la ejecucion, contándome varias pequeñas anécdotas de la córte de Viena, para persuadirme que estaba por los jesuitas. Como á estas especies le hubiese yo satisfecho, tanto con el empeño

contraído por la misma corte, cuanto con otras reflexiones, que acreditaban ser personal, cuando más, la inclinación de la Emperatriz respecto de uno ú otro jesuita, y que, por lo que mira al cuerpo, habia pruebas claras de su oposicion, por el excesivo poder y por las intrigas con que se manejaban en todas partes, me replicó el Santo Padre que recelaba contar con la contradiccion de Venecia y Toscana, donde los jesuitas mandaban enteramente; de Génova, Módena y otras partes, donde sucedia lo mismo, y que en Cerdeña, aunque no podia decir nada positivamente, tal vez se verificaria otro tanto. Repuse á su Beatitud que estas potencias no eran de tanta consideracion, que pudiesen y debiesen impedir una providencia tan justa y necesaria; que extinguida la Orden, y por consiguiente la autoridad del General y demas superiores subalternos, no alcanzaba yo qué podian hacer aquellos potentados y repúblicas, pues cuando más, dejarian en calidad de clérigos unidos en una misma casa á los jesuitas de sus estados, y finalmente, que yo no creia, con los antecedentes con que me hallaba, que tuviesen empeño alguno en sostener un cuerpo cuya autoridad habian debilitado muchos de los príncipes y repúblicas que me citaba... El Papa procuró disculparse de las quejas del Gran Duque, diciendo que en su tiempo no habia hecho instancia alguna; pero yo le dije que, si estaban pendientes cuando su Beatitud ascendió al pontificado, y su alteza no vió adelanto alguno, pudo creer con fundamento que se llevaba el mismo sistema, y sobre todo, anadí que éstos eran otros negocios, y que el mio se reducía á esperar de la justificacion de su Beatitud una contestacion positiva á las solicitudes del Rey mi amo y de los demas príncipes de la augusta casa de Borbon. De resultas de todo me dijo el Santo Padre que me entregaria una minuta de su plan, constitucion ó bula de extincion, para que yo la remitiese al Rey, y pudiese su majestad ponerse de acuerdo con las cortes y allanar las dificultades que se ofreciesen con Viena, Venecia, Toscana, Cerdeña, Génova y Módena, y que la publicaria en tal caso *ex communi principum consensu*; éstas fueron sus palabras. Protesto á vuestra excelencia que no sé cómo me pude contener con esta explicacion, pues ya tuve casi en la boca la reconvenccion de que tambien debia añadir que se obtuviese el consentimiento del Gran Turco, del Rey de Congo y de otros príncipes y bajás de África y Asia, de la Emperatriz de Rusia, el Rey de Prusia, los cantones suizos, los estados generales y otros potentados y repúblicas de esta laya, supuesto que casi todos tenian jesuitas en sus dominios. Repito á vuestra excelencia que me contuve porque Dios me ayudó, pues, luégo que le hubiese hecho esta reconvenccion, le habria añadido redondamente que el negocio estaba concluido, y que no volveria á hablar otra palabra sobre él. Sin embargo, en aquel acto instantáneo pude reflexionar que convenia manifestar una gran serenidad y confianza, para ver si podemos coger la tal minuta de extincion, cuya prenda nunca podia sernos importuna. Con esta idea dije al Santo Padre que ya le habia dicho el concepto que se podia formar sobre la mal temida oposicion de estos príncipes y repúblicas, y que, en todo caso, era yo de dictámen que lo que su Santidad hubiese de hacer en esta materia, lo hiciese presto, y si pudiese dentro de un mes, porque, segun mis conjeturas, ya no habria mucho más tiempo para que empezasen á prorumpir las desconfianzas del Rey y las demas cortes. Cuando el Papa oyó mis instancias, me dijo que lo haria, pero que le dejase dar ántes los pasos preliminares, que me queria revelar con toda reserva... Me pareció exponer á su Santidad que, aunque pensase en estas cosas por los designios que habia concebido, y yo no alcanzaba, puesto que con la extincion total se salia de todos los embarazos, podia sin retardacion comunicar la minuta que me habia dicho, pues con esto adelantaria un testimonio más de sus buenos deseos y buena fe, y entre tanto que se veia y comunicaba á las cortes unidas, con los reparos que ocurriesen, habia tiempo para que su Santidad fuera dando los demas pasos. *Unum facere et alium non omittere*, Santo Padre; así dije. No fué posible reducir al Papa á abrazar este pensamiento, por más reflexiones que le hice, bien que tuve mucho cuidado en ellas de no extraviarle de los pasos que meditaba contra jesuitas, porque, aunque yo he comprendido que son medios de que se vale para deslumbrar á las cortes y dilatar el último salto, me parece ya preciso, sin aprobárselo, supuesto que está conocido lo que ántes era dudoso, dejarle resbalar, porque al fin con cada paso de éstos se pone en una rampa ó pendiente tal, que la enemistad de los mismos jesuitas y sus protectores, ó le ha de forzar al último partido, ó le ha de quitar, si está ligado, como muchos presumen, un grande apoyo para hacer frente á las ideas que pongan en práctica las cortes unidas, en desagravio de la falta de cumplimiento de sus promesas. Entre las reconvencciones que hice al Santo Padre para lo que llevo dicho, se le escaparon, para satisfacerme, algunas especies importantes, que conviene que sepa su majestad. Despues de haberme repetido el recelo que su Santidad tuvo en otro tiempo de la muerte del General de la Compañía, por sus muchos achaques, y que estaba resuelto en este caso á suspender la

eleccion, disolver el Cuerpo y acabar con la Orden, me añadió que para lo mismo habia tambien pensado hacerle cardenal. No me atrevi á apoyar esta especie, porque puede traer muchos inconvenientes, si se consideran las proporciones en que pondria al padre Ricci; pero dije al Papa que le hiciese arzobispo ú obispo. Á esto me respondió que no aceptaria, y que con el padre Casali, rector del Seminario Romano, le habia sucedido que, proponiéndole por medio de su hermano, el Gobernador de Roma, que se secularizase y le daria un canonicato de San Pedro, dió por respuesta que primero se cortaria las piernas. Dejo á la discrecion de vuestra excelencia las conjeturas que pueda formar sobre estas consideraciones personales de su Santidad, pues ellas dan á sospechar que el General de la Compañía y los de su consejo sean depositarios de algun secreto grande. Añada vuestra excelencia que el Papa me reconvinó con grandes agitaciones y cuidados sobre que no sería justo decir que habia hecho alguna promesa, ni que de ella habia dependido su eleccion. Á esta especie satisfice, diciendo que tenia entendida la discrecion con que se habia conducido entónces. Y en efecto, segun lo que el Cardenal de Bernis me refirió recién venido, el Papa nunca prometió redondamente la extincion ántes de ser elegido, y sólo respondió al papel de puntos que se le presentó, que daria los pasos por escala, hasta llegar al término por las razones que se le diesen, y que esperaba le hiciesen fuerza, segun sus antecedentes, para dar gusto á las cortes. He dicho algo de esto á vuestra excelencia en mis primeras cartas, atribuyéndose al cónclave y sus manejos la raíz de las dilaciones. Esto no quita que el Papa se haya ligado despues, como reconoce y confiesa, y de ello, no sólo tenemos la prueba nosotros, sino tambien el Rey Fidelísimo, que conserva una carta de puño propio de su Santidad, en que ofrece y asegura la extincion, como me lo ha revelado el Comendador Almada... Si el Santo Padre dijese que tenía escrúpulos en la extincion; que no hallaba causas ó pruebas; que habia descubierto algunas dificultades nuevas y graves, se podria tener compasion á la situacion en que se halla; pero un pontífice que sabe más y habla peor de jesuitas que nosotros; que reconoce la razon para arrojarlos de sus estados y aún del mundo; que confiesa el daño que hacen á la religion con sus escritos y conducta; que no duda de la justicia del Rey y sus providencias, y que apoya con las suyas, en los casos particulares de Roma, el concepto formado por los soberanos; un pontífice, digo, que se explica y obra de este modo, sólo puede estar detenido por algun renitente que no alcanzamos, y que es preciso quitar de enmedio por decoro y amor al bien de la Iglesia y de los estados católicos.)

Muy contento se mostraba el monarca español de todo lo que decia y hacia su ministro en Roma; por la sabiduría y honradez le celebraba Clemente XIV en la vaga contestacion á la real carta. Digno era don José Moñino de tales elogios. Con las alternativas de tesón y suavidad iba de continuo á su objeto, y hábil tocaba cuantos resortes podian mover al Papa, sin faltar á las contemplaciones que le eran debidas, ni perder ocasion de adelantar algo. Un suceso exterior puso de mejor semblante el asunto de extincion de los jesuitas por entónces. A don José Agustín de Llano habian hecho primer ministro del Duque de Parma, su tío Carlos III y su suegra María Teresa, en reemplazo del Marqués de Felino, y tiempos ántes. Por sí y ante sí exoneró ahora el duque Fernando, cuyo arranque de independencia soberana produjo tal disgusto en las cortes de Madrid y de Viena, que el Rey de España previno que sus correos no pasáran por aquel territorio, y suspendió á su sobrino la pension de infante, á la par que María Teresa devolvía sin abrir las cartas de su hija, y que se ausentaban de Parma sus representantes y el de Francia. En la exoneracion de aquel ministro creyeron muchos descubrir la mano de los jesuitas, pues á la sazón estaban tan desconceptuados, que con más ó ménos fundamento se les echaba la culpa de todo. Así que estas noticias empezaron á circular por la corte romana, anheloso fué el padre Inocencio Buontempi á visitar á Moñino, quien le hizo muy de plano observar la significativa firmeza de la Emperatriz y la indignacion legitima de su soberano; y á la siguiente audiencia tocó los efectos de la terrible sensacion causada al fraile con sus revelaciones, segun lo explican estas palabras: «Inmediatamente que me presenté á su Santidad, lleno de alegria me dijo: Quiero sacaros de vuestra afliccion y desconfianza; estoy resuelto desde luégo á tomar la providencia de extincion, porque he reflexionado lo mucho que ha de tardar la visita, visto que me gastaron año y medio en la del Seminario Romano. He vacilado mucho sobre la persona de quien me deberia fiar, en que he padecido y padezco grandísimos trabajos; y al fin me he determinado á valerme del cardenal Negroni, por la antigua experiencia que tengo de su honradez, y por la última que me dió con el breve de minoracion de asilos, del cual no se supo aquí nada hasta que vino la noticia de España. Aunque este cardenal se ha sangrado tres veces estos dias, está ya casi bueno, y en el primer despacho que venga, le daré la orden con la idea para la extension del

breve, y le diré que se ponga de acuerdo para las cláusulas con *mi carísimo Pepe* (así dijo). Podeis tener pronto vuestro plano y hablar con el Cardenal, luego que os avise; pero cuidado con el secreto, y que nadie entienda mis designios. Para las cosas del estado eclesiástico en este punto cuento, como os he dicho, con el presidente de Urbino, Aquaviva, despues que será promovido. Me han servido infinito las visitas que se han hecho y los pasos que he dado. Por mí podeis escribirlo todo al Rey, por el correo próximo, diciendo que en la primera dominica de adviento, vispera de San Andrés, se ha salido de todo esto. ¡Y estad alegre!—Con agradabilísima sorpresa oyeron posteriormente especies igualmente satisfactorias los ministros de las demas cortes interesadas en la extincion de los jesuitas. Al mismo despacho, dirigido por Moñino á Grimaldi el 3 de Diciembre, pertenece estotro pasaje: «No sé á qué atribuir la mutacion del Papa; conozco la gran fuerza que ha hecho la demostracion del Rey sobre el suceso de Parma; veo tambien la aprension que ha dado la conducta de la Emperatriz-Reina en el mismo asunto; comprendo el ascendiente de Buontempi, y las conmociones que pude causarle con mi persuasion; y con todo, no creo que, sin haberse soldado algun cabo que estuviere muy asido, ó sin un particularísimo auxilio de la Providencia divina, haya podido el Santo Padre decidirse en los términos que lo he tocado.»

No creyó oportuno Clemente XIV franquearse con el Cardenal Negroni del todo, tras de tantearle sagazmente, y de seguida puso la mira en el prelado Zelada, no sin obtener, por conducto del padre Buontempi, la explícita aprobacion de Moñino. Perplejo quedó éste por de pronto, pues juzgaba á Zelada como uno de los sujetos más problemáticos de Roma; pero al fin se avino á su nombramiento, por no verse enredado en otro nuevo laberinto de dilaciones; y de resultas dijo á su jefe: «Conozco que es arduo el paso en que estoy metido, por el carácter, inclinacion y sagacidad de Zelada; pero estoy resuelto á usar con éste de todo el vigor y de las artes que, si no me engaño, son necesarias para salir bien. Cuando las cosas llegan á un momento crítico, es menester aventurar algo para no perderlas; y más temor tengo de que el Papa no le nombre, que de que, una vez nombrado, dejemos de conseguir el fin. Sin embargo, es preciso estar con mucha desconfianza, por las grandes astucias, inconsecuencias y debilidades de estas gentes... Verémos ahora lo que se hace con Zelada ú otro; yo, asegurado de nuestra razon y de la decision última, estoy resuelto á entrar en materia hasta con el General de la Compañía.»—Elegido fué el prelado, y al punto avistóse con Moñino; sobre lo cual dijo éste, en despacho de 23 de Diciembre: «Hice ver á Zelada con tres palabras todo cuanto tenía que decirle; éstas se redujeron á encargarle el secreto, la armonía y la brevedad, acordándole la gran carta que jugaba, y lo mucho que iba á ganar ó perder en ella. Hecho esto, le leí é impuse en la minuta que yo tenía formada con anticipacion para una bula formal, y me parece que no le disgustó su contexto. Despues de mis explicaciones, le entregué la minuta, y me aseguré que trabajaria, y me veria al fin de la semana.»

Zelada aplicóse á desvanecer las dudas suscitadas respecto de su proceder honrado; y tras de poner extendida la bula, el 4 de Enero, en manos del Papa, auxiliar eficazísimo fué de Moñino, así en desvanecer los escrúpulos de Clemente XIV sobre que pudieran algunos atribuir á algun pacto del cónclave lo que resultara de este negocio, como en determinarle á que la extincion se publicara por letras en forma de breve. Ya marcharon las cosas de modo que el soberano español escribía al Marqués de Tanucci, con fecha 2 de Marzo: «Deja que, ántes de continuar á responderte, te dé la gustosísima y tan importante noticia, para nuestra santa religion y para toda nuestra familia, de haberme, en fin, enviado el Papa la minuta de la bula, *in forma brevis*, de la extincion de los jesuitas, segun bien sabes que yo siempre lo he esperado, y muy á mi satisfaccion, pidiéndome que la comunique al Rey mi muy amado hijo, al de Francia, al de Portugal y á Viena con el mayor secreto; lo que voy á ejecutar luego que estén sacadas las copias que se necesitan, como más distintamente verás por lo que he mandado á Grimaldi que te escriba, enviándote un resumen de ello, para que informes al Rey, interin que va por el correo siguiente copia idéntica de ella; y demos muy de verás las debidas gracias á Dios, pues con esto nos da nuestra quietud en nuestros reinos y la seguridad de muchas personas, que no podia haber sin esto.» De Carlos III al mismo personaje son tambien los siguientes párrafos de cartas del 30 de Marzo y de 27 de Abril, sobre el mismo asunto: «Tengo el grandísimo gusto de poderte decir que he recibido las respuestas de Francia y Portugal, aprobando totalmente, segun yo lo deseaba, y sin el menor reparo, la minuta que me envió el Papa, lo que conviene tener con el mayor secreto; y espero en Dios que la respuesta de Viena venga tambien segun deseo...» «Te pido que quieras ayudarme á dar á Dios muy particularmente gracias por la respuesta de Viena, que tambien he recibido, tocante á la extincion de los benditos jesuitas; cuya copia

he mandado á Grimaldi que te envíe, para que la hagas presente al Rey mi muy amado hijo, guardando el secreto debido; y verás por ella que no se opone á lo principal, y que en lo demas no te has engañado en el juicio que hacias de aquella corte. Y tambien te dirá las órdenes que en vista de ello envío á Moñino; y espero de la infinita misericordia de Dios que todo se pueda componer, y que veamos presto la conclusion que deseamos de este importantísimo negocio, para bien de nuestra religion, y quietud y seguridad nuestra.»

Don José Moñino habia tenido ocasion de sacar una copia de la minuta, al consultársela Zelada, y de que aquí fuese conocida ántes de que viniera de oficio. Mientras llegaron á la capital del orbe católico las respuestas de los soberanos, á quienes la habia comunicado el de España, nuevas pruebas recibió nuestro ministro de que Zelada y Buontempi obraban lealmente á tenor de sus miras, pues hasta le ayudaron á alentar al Padre Santo, melancolizado por agüeros de una muerte inmediata, que se forjaban á la par que la especie de que el monarca español habia perdido la cabeza. En despacho del 3 de Junio participaba Moñino que el Cardenal Negroni tenía orden confidencial de extender los breves de extincion de los jesuitas, y de ejecucion de la providencia para diez y siete ó diez y ocho nuncios y comisionados; todo lo cual equivalia á un mes de dilacion forzosa. Intencionada era la que probó á introducir el Papa, segun los siguientes pasajes del mismo despacho, con relacion á la audiencia de dos dias ántes: «En efecto, habiendo visto á su Santidad, me significó que habia sabido la intencion de las cortes de restituir á Benevento y Aviñon. Vuestra excelencia hará memoria que en carta de 13 de Abril me insinuó que podia asegurar á las gentes que rodean al Papa el ningun temor que debian tener sobre este asunto; el Cardenal de Bernis, que tenía iguales órdenes, concurrió conmigo á tranquilizar estos ánimos, que se mostraron muy confiados y satisfechos. Con este antecedente me añadió el Santo Padre que, viniendo ántes de la publicacion del breve la noticia de mandarse restituir aquellos estados, podria dar un buen dia á Roma, acreditar que no se habia hecho prenda de ellos para la extincion, ni entraba en parte de pago de esta providencia, y preparar los ánimos á publicarla con gusto universal y satisfaccion suya. Fundado el Santo Padre en estas razones, me dió á entender que estaba resuelto á obrar de este modo, asegurándome con las mayores protestas que era un punto fenecido y que no se debía dudar de la ejecucion de él. Me añadió su Santidad que estaba conforme en escribir á la Emperatriz-Reina una carta adecuada á los deseos de aquella princesa, segun que yo le habia sugerido, y que así lo podia avisar. No es fácil que yo pueda escribir á vuestra excelencia la sorpresa con que recibí esta nueva especie del Santo Padre, y aunque se amontonaron en mi cabeza las consideraciones que me ocurrieron sobre muchas malas consecuencias y desconfianzas, pude reflexionar que, si tomaba el partido de oponerme abiertamente, entraria en el Papa el recelo, que tal vez le habrán dado, de que pensáramos coger el fruto de la negociacion y no mostrar despues nuestra gratitud, y si consentia un pensamiento tan astuto, el cual puede envolver perversos designios, aventuraba el feliz éxito en el momento preciso de verificarse. En medio de estas agitaciones, tomé el partido de esforzarme á manifestar al Papa una gran serenidad, y decirle que en el pensamiento que le habia ocurrido no habria inconveniente, si su Santidad con él no se expusiese, como yo creia, á perder su concepto con las cortes, por la inconsecuencia que encontrarían entre esta idea y las explicaciones antecedentes que me habia hecho de su ánimo; que podia acordarse de las muchas veces que me habia dado á entender no queria hacer pacto para venir á la extincion, excusándose siempre de entrar en materia sobre Aviñon y Benevento; que los enemigos de su Beatitud no perderian la ocasion de pintarle como persona de carácter artificioso, disimulado é inconsecuente, y de destruir toda la buena semilla que habiamos procurado sembrar los ministros sobre su generosidad, probidad y desinterés, y que, siendo uno de los mejores frutos que habian de resultar de la ejecucion de la providencia la confianza reciproca y la amistad de las cortes católicas, tan conveniente para el bien de la religion y decoro de la Santa Sede, se podria perder todo en un instante con esta ocurrencia. Fué mucho lo que el Papa se inquietó y afligió con mis reflexiones, rogándome que no le angustiase ni le metiese en dudas y temores; pero con mucho respeto le hice presente la necesidad que tenía un hombre de bien de hablar claro, aun cuando sintiese disgustar, para satisfacer su honor y conciencia... Duró la conversacion dos horas sin que se concluyese cosa alguna, y yo me retiré con la desazon y pesadumbre que vuestra excelencia puede considerar. He sabido, por cartas de Florencia de este correo, que el ministro inglés publicaba en aquella corte que ya la dificultad sobre la extincion no consistia sino en decidir si habia de preceder á ella ó no la restitucion de Aviñon y Benevento, y aunque puede ser casualidad, todo me da á sospechar de que hay alguna mano oculta, que ha reservado precisamente